

Traducción de Enrique Maldonado



TRIBUTO A BLENHOLT

DANIEL FUCHS

A⁸

automática editorial

TÍTULO ORIGINAL: *Homage to Blenholt*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © 2019 by Thomas and Jacob Fuchs

© de la traducción, Enrique Maldonado Roldán, 2020
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2020
© de la ilustración de cubierta, Natalia Zaratiegui, 2020

Derechos exclusivos de traducción en lengua española para todo el mundo: Automática Editorial S.L.U.

eISBN: 978-84-15509-64-6

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial

Primera edición en Automática: junio de 2020

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las le-

yes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

TRIBUTO A BLENHOLT

DANIEL FUCHS

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS
DE ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN

Contenido

UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
GLOSARIO

UNO

BYRON SESTEA, SILENTE SESTEA¹

Balkan avanzaba a grandes zancadas entre la espesa niebla matinal que cubría con suavidad las sucias calles de Williamsburg.² Como el que camina en sueños, sentía que se adentraba en una misteriosa irrealidad. Esta extraña sensación lo embriagaba, algo que solo era posible porque, ensimismado, desatendía su peculiar manera de caminar. Y bien curiosa era, con un movimiento circular y demorado de la cadera derecha que culminaba lanzando bruscamente el pie hacia delante para mantener el ritmo. Ningún hombre con una forma tan peregrina de andar tenía derecho a pensar que lo hacía en un entorno irreal; pero Balkan seguía adelante, deleitándose en las tibias aguas de su imaginación, a pesar de que sus recurrentes movimientos de cadera y patada posterior parecieran, al menos simbólicamente, los congestionados sorbidos de quien tiene un resfriado.

«¿Me permite, señor? —dijo Alí Babá al frente de sus cuarenta ladrones—. ¿Me permite unas palabras?». Sí, sí, respondió Balkan con los ojos entrecerrados. Pero hasta ahí lo llevó la ensoñación. Alí Babá se desvaneció, no diría ni una palabra más. En las alturas, como una alfombra mágica que cruzara el cielo, una banderola roja publicitaba la imagen de una mujer, de una belleza extraordinaria y dimensiones espléndidas, en un bañador de rejilla. «La señal de la Gasolina Oronoco —decía jovial— es la señal de la Conducción Feliz».

—¿Periódico? ¿Periódico? —le preguntó un chico a Balkan.

Era un niño real.

Balkan se lo pensó un momento.

—No —contestó juiciosamente.

—¿Periódico? ¿Periódico? —gemía el chico.

No había nadie más cerca, pero el niño no era de los que se molestan con facilidad y siguió dirigiéndose con decisión a la neblinosa mañana.

Balkan salió de Bridge Plaza y embocó La Extensión. Las calles adoquinadas habían empezado a retumbar con el ruido del tráfico que corría hacia el puente de Williamsburg para adelantarse a la hora punta. Pero entre la bruma, con paso pesado y desanimado, avanzaba el caballo del lechero. ¿Alguien ha visto el caballo blanco?, se preguntó Balkan con gesto tenso, como en un relato de misterio. ¿Quién cabalga el caballo blanco? ¿De dónde viene ese jinete? ¿De dónde vienen esas trompetas, tuu tuu tuu? Balkan no pudo más que salir de su ensoñación para reírse con tristeza de sí mismo. No sé, ¿por qué no?... se dijo.

¡Delicioso! Este mundo extraño, con los hombres, que apenas si se distinguen, acelerando con decisión para no perder la conexión del metro y el tranvía: peculiares figuras en la niebla; los autos fantasma pasando a toda prisa; el propio aspecto de las calles a esa hora, llenas de periódicos en las alcantarillas; las silenciosas casas de vecindad descansando como perros viejos antes del amanecer; y por encima de todo, las maravillosas mujeres de los anuncios, sonriendo sin ropa aunque no hubiera nadie más allá de Balkan que pudiera mirarlas y quedar impresionado. ¡Delicioso!, se dijo Balkan que, con la mente en las alturas, exhaló una bendición para ese viejo caballo blanco.

Este era el lujo de Balkan: levantarse antes de las siete la mayoría de las mañanas para pasear por las calles, porque entonces sentía que crecía hasta los dos metros y medio y pesaba ciento cincuenta kilos. Estados Unidos está com-

puesto de soberbios y de mansos, y aquellas mañanas, solo entre la niebla, él formaba parte de los poderosos. Balkan resplandecía. A las siete, las calles de Williamsburg apenas habían amanecido, no había humillación, no existía la indignidad y le era posible sentirse un hombre que vivía tiempos excepcionales con grandeza y sentido. Allí con él, en la neblina de la mañana, no había una hermana que lo llamara *kvetch* y lo ridiculizara. Ni sus amigos ni Ruth estaban ahí para burlarse de sus proyectos y sus teorías. Y la mugre sudada de Williamsburg se alejaba, se perdía, porque Balkan caminaba a grandes zancadas en un mundo propio en el que todos los sueños se hacían realidad, todos los deseos se cumplían. En momentos como estos, su mente, a la que no importunaba la realidad, se adormecía entre esperanzas y planes para alcanzar el éxito. Ascendería rápidamente, nivel tras nivel, se elevaría y escaparía de Williamsburg y de su inercia, tendría un alma esplendorosa y heroica: una vida brillante. Las ensoñaciones entraban en tromba en su cabeza mientras paseaba, y se sentía todavía más feliz porque en esos momentos las valoraba con seguridad. Sus esperanzas se harían realidad, lo sabía, lo sabía, y esa deliciosa sensación de certeza se acumulaba en su interior hasta casi desbordarlo. Como Tamerlán incluso, como Tamerlán... En la calle Rodney el quiosco de caramelos estaba abriendo, el tendero retiraba las gigantescas ventanas de cristal.

—¡Buenos días! —chilló alegre Balkan.

—¿Eh?

Era un hombre calvo que llevaba el cuello de la camisa retorcido como una soga. Aquellos ojos, donde aún se veía sueño, miraron a Balkan con desconfianza y preocupación.

—Seré su primer cliente —anunció Balkan con una sonrisa, en absoluto perturbado—. Lima-limón, por favor.

—¿Eh? ¿Qué dices?

Balkan señaló la jarra invertida de sirope.

—Un refresco...

El tendero, con el ceño fruncido, cogió un vaso, pulsó el botón para que cayera el zumo, vertió agua con gas y lo plantó delante de su joven cliente. La humedad mortecina y la oscuridad de la mañana daban a la tienda un aire sombrío. Balkan no disfrutó mucho la bebida porque aquel hombre no le quitaba los tristes ojos de encima, con un gesto de gran preocupación y los brazos en jarras.

Tampoco estaba muy buena. Balkan subió por la calle Ripple, más sobrio después del primer contacto con la realidad. De pronto se detuvo boquiabierto. ¿Qué era aquello? Calle arriba, a través de la densa niebla, vio la silueta borrosa de una figura humana imposible. Era pequeña, pero rolliza y voluminosa, no parecía factible que fuera una persona. En lugar de acercarse, Balkan esperó a que la extraña silueta llegara flotando hasta él. Aguardó en tensión, con la boca todavía abierta y los ojos entrecerrados detrás de las gruesas lentes.

Terminó por cerrar la boca. La aparición era el resultado de dos mujeres embarazadas que caminaban del brazo. Una vez más, Balkan reconoció con un suspiro lo poco fiables que son los sentidos y recordó a los escépticos de la Antigüedad, el problema filosófico: la realidad frente a la apariencia. Carnéades, que defendía que la verdad no existe; Zenón, que no se retiraba cuando una carreta iba hacia él porque rechazaba la certeza de la vista. ¿Era Zenón? Había dos o tres Zenones. Las dificultades con los Zenones siempre desconcertaban la naturaleza erudita de Balkan. El filósofo en cuestión, recordó finalmente, no era uno de los Zenones, sino otro llamado Pirrón. De cualquier modo, esto no solucionaba el problema de los Zenones y Balkan quedó con un vago pero inequívoco sentimiento de insatisfacción. El estado de alegre emoción había pasado.

En el confuso laboratorio de su cabeza sonó una campana que dio por concluida la lección, por así decirlo, en tono de reprimenda. Con una evidente pizca de tristeza, puesto que había disfrutado el paseo matutino, Balkan renunció a

sus conjeturas y dirigió sus peculiares pasos hacia la casa en la que vivía. Tenía que aclararse la cabeza, la niebla se levantaría, el cálido sol ya empezaba a abrirse paso. Ahora tocaba prepararse para el funeral de Blenholt. La idea lo animó. En meticoloso orden, enumeró sus tareas. Uno: pasar por las habitaciones de sus amigos para recordarles el funeral; dos: vestirse de manera adecuada para la ceremonia, y tres: ir con sus amigos a la última residencia de Blenholt. Balkan intentó concentrarse en estos problemas inmediatos, esperaba de corazón que no se presentara nada que pudiera distraerlo.

Finalmente, la casa de vecindad de ladrillos rojos, en absoluto atractiva, se manifestó con su imparable presencia. Aunque en cierto modo temeroso y un tanto infeliz por sus recelos, Balkan se tomó un tiempo para prestar atención a la inscripción que había en la pared, encima del portal. En otros momentos había lamentado con frecuencia la costumbre del barrio de numerar las casas, en lugar de, como en otros sitios, ponerles nombre. Sin embargo, aquella mañana su edificio lucía uno. Estaba escrito en tiza amarilla, era grosero, pero aun así, un nombre. UELES MAL, decía. Algo más animado, Balkan entró en el vestíbulo.

Se abrió camino en la penumbra entre los grupos de niños que corrían de un lado para otro en juegos hábilmente improvisados para adaptarse a las limitaciones de los pasillos de las casas de vecindad.

—¡Quédate fuera y rómpete una pierna! —le decía a Heshey su madre, que, ante la oposición del niño, lo empujaba.

Balkan se paró a mirar, sufriendo ya por las condiciones de vida de Williamsburg.

—No quiero. Tengo que hacer pipís.

—¡Mentiroso! ¡Eres un mentiroso! —respondió la madre, que seguía empujándolo, con el sudor corriéndole por la cara en pequeños ríos—. Acabas de hacer pipís. Lo que quieres es quedarte en casa.

Heshey clavó los talones y empujó, tozudo, con el culo. Su madre batallaba.

—¿Por qué te levantas tan temprano, bandido? ¿Solo para torturarme? O te quedas en la cama o te sales al pasillo. No puedo hacer el desayuno contigo en la casa.

Lo achuchó con la rodilla y el niño cayó de boca, aunque apoyando las manos.

—¡Fuerte como un buey! —exclamó su madre, y cerró la puerta.

—¡Mami! ¡Me he hecho daño! —sollozaba Heshey sin mucho convencimiento—. ¡Me has tirado y me he hecho daño!

—Vete al infierno y rómpete una pierna —contestó tranquilamente su madre. ¡A ella la iban a engañar con una maniobra tan simple!—. Estoy haciendo el desayuno.

—¿Huelo mal? —preguntó Chink, que se presentó de inmediato delante de Heshey.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Me preguntas a mí?

—¿Huelo mal?

—¡Buaaa! ¡Mamá!

—¿Huelo mal?

—¡Mamá, Chink me está pegando!

—¿Soy idiota? ¿Huelo mal? Te estoy preguntando de verdad.

—¡Mamá! —Heshey chillaba enloquecido—. ¡Que no es de broma! ¡No estoy haciendo el ganso! ¡Chink me está pegando!

—Vete al infierno y rómpete una pierna —llegó volando la voz de la madre con total despreocupación—. ¡No vas a entrar en la casa ni aunque te mueras!

—¿Qué te pasa, no sabes hablar? —Chink preguntaba con una expresión malvada en el rostro—. ¿Se te traba la lengua? ¿Y si te doy una patada en la barriga?

—¡Buaaa!

Balkan decidió intervenir:

—A ver, chavalín —dijo—, ¿por qué no lo dejas en paz? No te está haciendo nada.

—¿Ah, sííí? ¿Y a ti quién te ha preguntado?

Balkan buscó algo apropiado que responder. Se quitó al niño de en medio con un empujón.

—¡Ni se te ocurra ponerme encima las manos asquerosas que tienes, asqueroso, si te pasas conmigo te tiro desde el tejado una botella en la cabeza podrida que tienes, a ver si te gusta, tripascagás! ¡Pegarle a un niño más pequeño que tú!...

Una vecina asomó la cabeza por la puerta. Había oído el ruido y, al ver a Balkan, supuso que le había pegado al niño.

—¡A ver si dejamos las manos quietecitas, caballero! —lo reprendió—. Un hombre hecho y derecho, ¡vergüenza te tendría que dar y bien!

Balkan se frenó. Ahí estaba la mujer, protectora de los pequeños. ¿Cómo explicarlo? Chink parecía un crío duro y, en su presencia, Balkan se acobardó. Estaba destinado a perder su dignidad.

—No ha pasado nada, doña. Le estaba pegando al otro niño más pequeño. Yo solo quería pararlo. Venga —le dijo a Chink, casi suplicando—, ¿es que no lo puedes dejar en paz?

—¿Ah, sííí? —respondió Chink—. ¡Tonto!

La mujer lo miraba desde la puerta con ojos feroces. Balkan se volvió hacia Heshey.

—Heshey... mejor que te bajes a la calle. Si te molesta, me lo dices.

—¿Síííí? ¿Y qué vas a hacer? —Chink tenía curiosidad.

—Pues... ya lo verás. Mejor ándate con cuidado.

—Mira, caballero —dijo Chink—. ¿Sabes qué?

—¿Qué? —preguntó Balkan esperanzado.

—¡Hueles mal!

—¡Bien! ¡Bien! Dale. ¡No le dejes que te pegue —exclamó la mujer en la puerta— solo porque es más grande!

—Bah, vete ya, pedazo de... pequeño...

Balkan subió el tramo de escaleras muy angustiado. Hasta un niño. Todo y todos. Daba igual lo que intentara hacer, siempre terminaba de alguna forma cayendo en desgracia. La imagen de la mujer, que lo miraba con el ceño fruncido y un gesto de superioridad desde su puerta, se alojó en su memoria para atormentarlo. ¡Injusticia! ¡Injusticia! La humillación, su mayor fuente de sufrimiento, era un peligro constante. «Repámpanos», murmuró, pensando en su agradable paseo entre la niebla. «Repámpanos». Estaba ante la puerta de Coblenz.

En un momento de duda en el rellano, Balkan reparó de pronto en el ruido. Después de tomarse un tiempo para analizarlo, supo que oía el chirrido metálico que hacen los niños cuando patinan sobre ruedas en un suelo de madera. Luego oyó unos golpes continuos. No era capaz de imaginar qué eran, pero las maldiciones espasmódicas las identificó con facilidad: Coblenz.

Se dio la vuelta con la intención de irse, pero recordó a Blenholt y el funeral. Negando con la cabeza y temeroso de lo que pudiera sucederle, sintiendo que tenía el peso y la altura que en concreto le correspondían, Balkan llamó a la puerta

1 Verso de una canción infantil del elitista colegio inglés de Harrow. En ella Lord Byron, el gran poeta romántico inglés, descansa, perezoso, sobre una tumba con la inscripción «Peachey» y «sueña poesía en soledad», porque «los poetas no deberían, no deberían, no deberían tener que trabajar».

2 Situado en el distrito neoyorquino de Brooklyn, el barrio de Williamsburg acogió, especialmente después de la apertura del Puente de Williamsburg, en 1903, a oleadas de inmigrantes que abandonaban las terribles condiciones de hacinamiento del Lower East Side de Manhattan. Agrupadas por orígenes étnicos y religiosos, a las comunidades originales, fundamentalmente alemanas y

judías centroeuropeas, pero también irlandesas e italianas, se fueron sumando otras con los años, entre ellas una abigarrada comunidad de judíos ortodoxos llegados durante y después de la Segunda Guerra Mundial, que es hoy uno de los elementos más reconocibles del barrio. Tras un fuerte declive en la segunda mitad del siglo XX, en la actualidad sufre un proceso de gentrificación que amenaza a sus residentes.

DOS

JOAN CRAWFORD EN EL MIRAMAR

Balkan llamó con suavidad. De nada sirvió. Llamó una y otra vez. Habría tocado el timbre, pero sabía que Coblenz había cubierto hacía tiempo la bolita de metal con papel y que la campanilla sería, por tanto, inútil. Aun así, decidió intentarlo y pulsó el botón. De fondo, el chirrido de los patines seguía, acompañado de los golpes y las maldiciones. ¡Pues claro que Coblenz no lo oía! Empezó a aporrear la puerta con más fuerza. Entonces, de súbito, tenía a Coblenz delante, a punto de ser saludado por los dos puños en alto de Balkan.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? —le dijo—. ¿Cuántas veces tengo que repetirte que entres? ¿Tanto te gusta llamar a la puerta?

—¿Por qué tienes que pegarle papel al timbre? —se defendió Balkan tímidamente—. ¿Cómo puede uno llamar...?

—¡Puñeteros niños! —lo cortó Coblenz—. Escúchalos.

Los patines rechinaban en el techo como si fuera una tabla de lavar. Balkan pudo entonces explicarse los golpes, pues en ese momento Coblenz cogió la escoba y volvió a clavar el mango en el techo. Le atizaba con implacable vigor, con una rígida expresión que enmascaraba la furiosa desesperación que se había apoderado de él. Coblenz golpeaba con solemne exasperación, y de vuelta, a modo de respuesta, se oía el continuo chirrido vertiginoso de los niños de arriba.

—Luego dice la gente que estoy chalado —protestaba—. Ni siquiera tienen patines con rodamientos decentes. Si